

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I	TEGUCIGALPA: 15 DE MARZO DE 1902	NUM. 16
-------	----------------------------------	---------

Página de antaño

I

En los días ilusorios
¿cómo recuerdo tu prodigiosa cabelle-
ra, que me inspiró—en una noche lejana
de mi muerta adolescencia—aquel triste
poema de versos visionarios, que llenó
tu corazón de dulces lágrimas!

¿Recuerdas todavía el ritmo de aquella
romanza dolorosa? Era una flor funera-
ria que mi alma deshojaba en homenaje
á tu belleza fatal. Queja profunda de
una melancolía inolvidable, cuyos acen-
tos te hicieron estremecer de amargura
y de amor!

Pasaron las horas ingenuas en que na-
da era más grato á mi corazón que hun-
dir mi rostro en la cascada de seda de
tus cabellos castaños....

II

De qué honda nostalgia se llena mi es-
píritu al recuerdo de los amables tiempos
de antaño! Llegan á mí esas memorias
como perfumes de rosas marchitas; como
ecos de una canción familiar, que jamás
he de volver á oír....

III

Tu voz era una melodía que embriaga-
ba mi espíritu.

—Ernesto....qué tristes son las tardes
de otoño! Hay en ellas un no sé qué de
suave y de angustioso. Flota sobre la
onda diáfana del aire algo así como una
neblina gris. El cielo es de una pureza
infinita. Rumores monótonos se levantan
de la tierra....Mira: las montañas s-
ven á lo lejos casi envueltas en la bruma...
Y continuabas hablando, con tu voz s-
gestiva y acariciante.

En tanto, yo admiraba en silencio tu
divina belleza, tu hermosura dulce y te-

rrible, sugestionado por el poder miste-
rioso de tus ojos, de tu boca, de toda tu
persona, inmóvil y sobrehumana en la
gloria de la tarde!

Yo continuaba pensativo; mientras el
crepúsculo agonizaba lentamente, ha-
ciéndome evocar imágenes de melanco-
lía. Era un crepúsculo de leyenda, de
un fulgor amarillento, como si una ma-
ravillosa lumbre de oro bañara los hori-
zontes del ocaso. Nubes gráciles, como
alas, vagaban por los cielos inmutables.

Y bajo el encanto profundo de la hora
solemne, tu alma sensible y pérdida se
estremecía. Tus veinte años—pródigos
en sensaciones—perfumaron é incendia-
ron mi adolescencia, que despertó al ca-
lor de tus besos deliciosos y mortales...

IV

Las gracias de tu cuerpo han desapa-
recido, borradas por la mano del tiempo
inexorable. Ha nevado prematuramente
sobre tu cabeza, antes encantadora; y tu
boca—húmeda rosa de placer—se ha
vuelto pálida y grave, como si guardara
entre sus pliegues una terrible pena.

Hoy que te ví pasar—después de veinte
años de olvido—algo muy triste se estre-
meció en lo más íntimo de mí ser. Me
saludaste sonriendo, pero con una sonrisa
muerta, congelada sobre tu boca mar-
chita...

Caía, como entonces, el crepúsculo.
Agonizaba lentamente, haciéndome evo-
car imágenes de melancolía. Un dolor
tremendo laceró mi corazón. Pasaste
junto á mí como un espectro de los años
floridos de mi adolescencia, dejándome
la nostalgia de las mañanas argentinas y
de las cálidas tardes del otoño...

VI

Hoy he comprendido la intensa amargura de que están impregnados los recuerdos de antaño... Hoy que me miraste con tus ojos sin expresión, como dos estrellas apagadas.

Y me quedé taciturno, mirando tu figura que se perdía á lo lejos entre las sombras crepusculares... pensando en tus caricias de otro tiempo, en tus besos deliciosos, y también ¡pobre Margarita! en tu mísera cabellera encanecida y en tu sonrisa de muerta...

FRILÁN TURCIOS

El partir .

Para la "Revista Nueva"

Estreché sus quince años,
besé la boca de flor
y los cabellos castaños,—
junto al viejo mar cantor.

—Piensa, amada, en el amante,
no me quieras olvidar...
Y cayó una estrella errante
en la copa azul del mar.

R. BLANCO FOMBONA

Fábula sentimental

(Continúa)

III

Un día, después del almuerzo, el conde anunció la llegada de la baronesa De Rosa, segunda mujer de su hermano Federico, que venía á gozar los favores estivales de Rímíni y Livorna. Enseñándole á César una carta azulada, timbrada en oro, le dijo:

—Lee.

César la tomó; y el penetrante perfume que exhalaba el pliego, produjo una turbación extraña en su espíritu, suscitándole una viva inquietud. En la carta había una bandeda de cigüeñas blancas, y entre ellas y los rasgos menudos y nerviosos, transcendía el exquisito perfume de violeta.

—¿Cuándo llega?—preguntó Galatea.

—Mañana.

Llegó sin falta.

La baronesa era muy joven; tenía un espléndido tipo de andaluza de ojos negros, preñados de deseos y misterios.

—¡Oh, mi rubita! ¡Mi muñequita rubia!—exclamaba, estrechando á Galatea entre sus brazos, separándola los rizos de la frente y cubriéndola de besos.

—¿Y vos, D. César? ¿Qué sois aquí, en este solitario castillo? ¿Paje, trovador, caballero... qué?

Y reía con un ruido cristalino, con vibraciones metálicas, echando atrás su cabeza y humedeciéndose con crueldad los labios, palpitándole entre tanto el seno bajo el cuerpo de raso.

—¿No teméis á los encantos, César?

Era así; hablaba con una petulante volubilidad, tartamudeando, arrastrando las erres con un adorable ruido. Contra ellas la onda fresca de su voz parecía como chocar y encrespase.

—¿Siempre qué, el qué, Galatea? ¿No querrás nunca romper tu círculo mágico?

¿Veis; no veis, conde, esta Jolanda vuestra de ojos pensativos?... ¡Sí, tienes dos esmeraldas por ojos, Galatea! ¿Por qué me miras así? ¿No te agrado?..

Se impacientaba, calzándose sus grandes guantes negros de gamuza, aquellos guantes que la cubrían los brazos hasta el codo.

—Vamos. Condúceme.

En aquellas repentinas explosiones de alegría, despertábanse los dormidos ecos de la sala, retumbando sonoramente bajo el entristecido techo; y después, una estela de perfume seguía sobre el pavimento de mosaico antiguo y atravesaba la estancia, cubierta de maderas talladas y tapices rameados, detrás de los vestidos de Vinca.

Al lado de aquella mujer, Galatea se sintió primeramente como aturrida; después la asaltó algo como una sorda irritación contra aquella movilidad nerviosa, contra aquellas ondas fuertes de perfume que la provocaban náuseas y contra sus estallidos de risa, estallidos que la herían y destrozaban los oídos. Hubiera querido rebelarse contra las furias osculares, las repentinas caricias y las corteses lisonjas de su tía.

—¡Preciosa muñeca!—decía con frecuencia Vinca, con los labios abiertos y los dientes cerrados, con un acariciar felino, sujetando con las manos por las sienes á la joven y bebiéndola el aliento.

—No; no me llaméis así, tía; os lo ruego—la repuso una vez Galatea con un ligero temblor de ira en los labios.

—¡Preciosa muñeca!—repitió Vinca, hiriendo el aire con una de sus frescas y vibrantes risas, abandonándose por completo sobre el diván con una actitud provocadora. El sol, atravesando la ventana, caía sobre el mueble, dando vida en la seda á las flores del antiguo tejido de plata.

El hermoso busto de la baronesa se destacaba sobre aquel campo de cachemir envuelto en el polvo dorado del sol.

Era un cuadro de tintas delicadas.

En la pared un tapiz descolorido, enseñaba cómo dos caballeros perseguían á una cierva. Vinca reía, y su risa parecía brillar en el sol. Cuando apareció en el umbral César, exclamó ella irguiéndose y tendiéndole la mano:

—Entrad, doctor; entrad. Cálmate, por Dios, Galatea.

Pero la joven sonreía imperceptiblemente. César, sin querer, aspiró el finísimo y profundo perfume de violeta que se esparcía en el ambiente, un perfume idéntico al de la carta con el timbre de cigüeñas. Experimentó una turbación placentera. Acababa de dejar precisamente el olor de polilla de sus libros en el silencio de la biblioteca, de donde las risas de Vinca le hicieron venir. Había estado allí en la quietud, inclinado sobre las páginas, sintiendo salir de ellas la loca alegría de las canciones báquicas, confundándose rápidamente con las rimas latinas en la fuga del ritmo

¡O! ¡O! totus floreo

Tenía aún en el oído, en aquel oído donde se confundían por un momento con las risas y la charla, las frases de una estrofa loca.

*Veni, veni, venias,
Ne me mori facias
Hyria hisria nazaza
Trilliriuo.*

Todos los ardores y los deseos de la juventud parecieron despertarse de pronto en su sangre, como una música guerrera y de triunfo, germinando con nueva violencia. Le pareció sentir en todo su cuerpo algo así como un estallar de cápsulas, un desgranamiento de gemmas, bajo la gran alegría de aquellas risas y de aquel *ritornello*

¡O! ¡O! totus floreo

Se puso en pie. La soledad le hacía daño. Odiaba la soledad, aquella soledad.

—Entrad, doctor, entrad—dijo la voz cristalina de la baronesa.

¡Con qué audacia tan feliz, el torso de la misma se destacaba sobre el fondo blancusco y rameado del antiguo sofá! Los lóbulos de las orejas, ornados con aretes de plata, contrastaban con el tono moreno del rostro, dándole un aspecto gitanesco. Una ligerísima pelusa florecía en sus mejillas, sombreando levemente el labio superior.

—Galatea, muñequita, hagamos las paces—murmuró con un acento dulce y cariñoso.

—Vamos á la alameda, al sol, con César. ¿Quieres venir?

—No, tía; dejadme aquí. No puedo pasear por el sol—respondió Galatea quedamente.

—¿Venís, César?—dijo Vinca al joven. César la ofreció el brazo inclinándose.

IV

Internáronse en el camino de acacias. El suelo estaba sembrado de hojas secas y marchitas: un penetrante olor de flores muertas arrojaban las canastillas del parque, un olor extraño que se esparcía melancólicamente.

Vinca no se daba cuenta de ello: iba cantando un aria de Suppé, inclinando á uno y otro lado la cabeza.

—Dios mío, hablad un poco; decidme versos, hacedme algún madrigal—prorrumpió finalmente.—Habladme de algo. ¿O queréis que escuchemos el lamento de las hojas moribundas, las voces del viento, ó el toque lánguido del Angelus? ¡Ah!...

Y suspiró con una gracia adorable, poniendo los ojos en blanco.

—No, señora—dijo riendo César, descubriendo en su risa, bajo los bigotes castafios, las menudas y regulares filas de sus dientes.

No era feo; una interesante palidez le bañaba el rostro, acentuado por líneas irregulares. Sobre su palidez, sus claros ojos de miope, casi siempre entornados, dilatábanse á veces desmesuradamente, y el iris causado de su pupila parecía entonces un agujero oscuro en cada ojo.

—No, no, señora tía—repitió arrastrando las palabras.

—¿Sentís qué olor?

—Sólo siento el perfume de las violetas—dijo César con melodiosa dulzura.

La risa estalló de pronto bajo la verde bóveda.

—¡Ah! sobrino. ¿Habéis hecho el primer verso de un soneto, ó el principio de una declaración? ¡Qué audaz ingenuidad! Comenzáis á darme miedo. Apartaos.

Y quiso deshacerse del brazo de él, con un aire de broma y de temor; pero César la retuvo.

—Quédate, tía. Sov inocente.

Lo había hecho por juego; pero al tomarla la mano desnuda de guante, sintió como un escalofrío en sus propios huesos, y contempló aquella mano de dedos largos, uñas de ágata, marcada profundamente con la eme en su palma. Bajo el brazaletes de oro y plata, desde la muñeca esparciáanse algunas verdosas venas, que se perdían en el misterio de los encajes, como vetas de cobre que se incrustasen en un trozo de alabastro.

—Quédate, tía.

Estaban delante de una gran fuente solitaria. Sobre la inmóvil superficie flotaban algunas manchas amarillas y pútridas y varias hojas de color de cuero confundidas con filamentos herbáceos. En el centro, un grupo de tritones con cola de pez, vigilaba el silencio no interrumpido por el surtidor, sino de tanto en tanto. El musgo y el líquen formaban como un manto atigrado en la taza de la fuente, y en su base se alargaban y retorcián los verdes filamentos de la hierba.

—Sentémonos aquí—dijo César, descubriendo un pedazo de bajo-relieve ente-

rrado entre el verde. Estaba inquieto, mientras Vinca, sentándose, lo miraba con los ojos llenos de misericordia.

—Ahí á mis pies, César—dijo con un tono juguetón de imperio.

—No; nunca

—A mis pies—repitió.

—Heme aquí Vinca tú vences.

Lo hacían por juego. César con la cabeza inclinada tocaba así las rodillas; y ella veía la blanca nuca del joven, una nuca de Antinoos, exquisitamente modelada.

—Mira, César, las mariposas que caen.

E indicaba las hojas que caían una á una sobre el agua; comenzó á temer el silencio, quería hablar, pero perdía poco á poco el habla. No supo decir otra frase en aquel lugar y en aquel instante, que aquella vulgar y sentimental.

—Mira...

Rechazaba dulcemente las tímidas tentativas de caricias que César le hacía con los dedos mal cerrados entre los pliegues del vestido, y se sentía seducida por aquella timidez. César no miraba las hojas, sino un piececillo de ella que brillaba en medio de la verdura; observábase en los menores movimientos que Vinca sabía imprimirle. Y crecía su palidez cuando sus dedos entre los pliegues tocaban la pierna.

—Es tarde; vamos—dijo la joven levantándose. Le temblaba la voz.

Pero cuando sintió las piernas sujetadas por los brazos de César, que prostrado como un esclavo la retenía, mirándola pálido con una sonrisa que quería ocultar el trastorno del deseo, murmuró inclinándose hasta su boca:

—¡Traidor!

V

Volvieron.

—¿Con qué pretexto?—dijo Galatea con un tono cruel de ironía en las palabras, fijando sus fríos y perspicaces ojos en ellos.

¡Aquel día por primera vez no había rezado á su lar! En aquel momento el ruido de los pasos de Vinca en la escalera, el rumor de los pasos de la pareja sobre el paseo de árboles se atenuó, y de repente la invadió una dolorosa angustia, oprimiéndola un terrible sobresalto. Fué como un ataque inesperado, contra el cual se sentía débil é inerte, algo como el

estallar de un fuego que llevaba dentro de sí, ignorándolo. Primeramente no lo creyó, no quiso creerlo, no quería penetrar en aquel sentimiento nuevo que la sofocaba y arrebatava por completo; y probó despertarse, sin gemir, cerrando los ojos.

Pero imposible; en el fondo de su corazón y en el de su alma la imagen de César erguía victoriosamente. — ¿Conque era verdad? ¿Lo amaba? ¿Había sido infiel á la pobre difunta?

— ¡Oh madre! ¡madre! — gimió entonces, avergonzada, torciéndose los brazos, ocultando su rostro lleno de lágrimas entre los cojines.

El dolor cedió al poco rato, y surgió una pasión más humana, un tormento más mundano. La risa de Vinca parecía vibrar aún bajo la bóveda, resonar bajo ella. Vinca se le apareció allí delante, abandonada sobre el diván, perfumada y radiante. César envolvía con una apasionada mirada. Jamás había visto aquel brillo en sus pupilas. Los dos estaban solos, bajo los árboles.

Atormentábase de este modo, esperando.

— Pobre Galatea, ¿cómo estás tan triste? — dijo Vinca acariciándole los cabellos apoyando sus anilladas manos sobre sus rodillas. — Pero estás ardiendo, Galatea... Lo veis, conde; tiene fiebre.

— No, no tengo nada — murmuró —; nada.

Tenía puestos los ojos en César, ojos ardientes en medio de la palidez mortal de su semblante. Se pasó una mano por la frente; experimentaba un decaimiento, una debilidad en todo el cuerpo, un frío sutil, penetrante, muy penetrante.

— Tengo sueño; me duele la cabeza... pero no tengo fiebre. Creo que dormiré mucho, mucho — susurró con fentitud, entornando los párpados como si le faltase la fuerza. — Dormiré... sí... mucho....

Y se abandonó sobre el respaldo; un invencible sopor le embargó las exhaustas venas, entorpeciéndole la vida.

— ¡Galatea! ¡Galatea!

De sus pálidos labios salió un tenue suspiro.

— ¡Galatea!

GABRIEL D'ANNUNZIO
(Concluiré)

Página de Arte

PARA comprender una obra de arte, un artista ó un grupo de artistas — escribió Taine en su Filosofía del Arte — es preciso conocer con exactitud el estado general del espíritu y las costumbres de los tiempos á que pertenecen. — Las producciones del espíritu humano, como las de la naturaleza viva, no se explican más que por el medio en que viven.

La particularización de este principio general, si pudieran determinarse las circunstancias especiales de los casos aislados, constituiría la verdadera base de la crítica y el fundamento del goce estético en la contemplación de las obras artísticas. Pero son tan complejas las causas que preceden á la gestación y parto intelectuales, que el análisis se pierde en indagaciones estériles, sin poder determinar nunca el estado psicológico en el momento de la producción.

Y es que ni el creador mismo, poseído como se halla, como Platón por su demonio, puede marcar el momento mismo de la producción y los accidentes típicos que lo acompañaron. La mayor parte de las veces se cree que las obras sensoriales de un arte cualquiera fueron creadas por el influjo inmediato de un acontecimiento que abrió ancho surco en el espíritu del artista; y que la intensidad del arte, propio de cada objeto artístico, es producto de causas privadas é individuales, sujetas á la vida misma del creador. Se ha juzgado siempre que el período álgido de la producción sigue á un hondo sentimiento ó sensación experimentados, y que éstos son los factores determinantes de la obra producida.

Yo creo, al contrario, que la experimentación de un golpe rudo por el espíritu, que la connocción profunda del alma del artista por el placer ó el dolor, no pueden jamás ser seguidas por una obra perfecta, ni son nunca la causa primera y ocasional de la producción artística. Y es que la facultad creadora está absorbida por la potencia sensitiva cuando un placer hondo ó un hondo dolor pasan, como una ráfaga, por el espíritu abierto del artista. En el anonadamiento que sigue siempre al espasmo del placer ó del dolor sufridos, no puede quedar nunca la lucidez necesaria para la producción perfecta, ni el criterio sutil indispensable para el nacimiento de la obra en gestación. Los dolores profundos y los placeres extáticos que dejan huella de sangre en el espíritu humano, envuelven todas las facultades, de modo que, á veces, el cuerpo mismo queda paralizado y yerto por su acción violenta. Por eso el criterio popular, sagaz algunas veces, ha condensado en un pensamiento ese principio psicológico

afin de los soplos que agitan el espíritu: "los grandes dolores son mudos," dicen; y esa afirmación puede generalizarse perfectamente á los placeres.

A pesar de todo, no negaré jamás que los sentimientos de las individualidades no contribuyan en mucho, ya que no en todo, al alumbramiento de la obra proyectada. Cuando esos grandes soplos han pasado y, por ley sabia del tiempo, va mitigándose su intensidad y violencia, las facultades del agente van recobrando su dominio, van teniendo de nuevo la conciencia de su ser, y sólo queda en el espíritu, doliente todavía, la memoria de la ráfaga extinguida, el recuerdo fugaz de la sensación pasada. Y es entonces, en la reacción vital que se opera, cuando el artista, dedicado ya á la producción, aprovecha en su beneficio, como factor secundario, el recuerdo ya pálido de lo que experimentó su espíritu.

Hay dolores que acompañan al espíritu en esa reacción que se opera, pero que no son producto de causas anteriores, sino del esfuerzo cerebral y el sufrimiento nervioso producido por el trabajo intelectual del acto, como los dolores del parto natural son producto del parto mismo, y no, de ningún modo, de las causas que lo produjeron. Un verso que cuesta sangre por el hondo esfuerzo que precedió á su nacimiento, cuesta más por el trabajo de su forma y por la concepción de su factura, que por todos los factores pasionales que hayan entrado en su formación.

Y he ahí, pues, la dificultad de determinar los accidentes de una producción artística, por el falso criterio de ligar la vida privada del artista con los objetos vividos de su arte. El olvido de la mujer amada, el amor mismo, la muerte de un ser querido, se dice, son fuentes de inspiración, y son entonces más sentidos y humanos los versos del poeta. Y eso mismo es el error que se ha tenido respecto á todas las producciones de arte. Y ya lo he dicho: creo que los dolores ó placeres que abren ancho surco en el espíritu humano no pueden determinar la producción artística, por la simple razón de que la naturaleza creadora está muerta en ese instante, y sólo vive allí la naturaleza vulgar del hombre sensitivo.

Además, para comprender el estado en el caso de una producción cualquiera, es necesario que haya afinidades de temperamento entre el que va á juzgar y el creador de la cosa juzgada. Así se explica, pues, que un verso creado por un esfuerzo doloroso, una nota elaborada con dolores infinitos, una línea, un diseño trazado entre rojos insomnios, no sea para el observador vulgar más que un entretenimiento pasajero que pasa por su espíritu sin hacer resonar hondamente la vibración del goce estético satisfecho.

Quando se puedan anotar breve y exactamente las circunstancias que concurren en todo espíritu para producir una obra de arte, y nos identifiquemos con el estado del artista, hasta entonces sufriremos la emoción de la contemplación intensa y verdadera. Mientras tanto, sólo las aínas escogidas comprenderán la satisfacción que causa la producción de un verso ó de un lienzo, y los dolores que precedieron á su formación, como sólo las mujeres fecundadas comprenden los dolores sordos de la gestación y el sufrimiento intenso en el momento del parto.

I 02. AUGUSTO C. COELLO

Las nupcias del Fauno

"Tâche donc, instrument des fuites, ó malique
Syrinx, de rebeurrir aux lacs où tu m'attends!
Moi, de ma rumeur fier, je vais parler long-
(temps
Des déesses"

Mallarmé.

A EUGENIO DE CASTRO.

El crepúsculo tibio sonreía
En los bosques lejanos...
La noche, misteriosa, descendía
Y con honda, febril melancolía.
Cantaban los azules océanos.
El rojo Arés chispeaba en la distante
Penumbra, como trémulo diamante,
Y una niebla sutil como un ensueño,
Del fondo de los valles ascendía
Con lentitudes sordas de beleño...

UNA VOZ

(A la distancia)

¡Evohé! ¡Evohé!... Ya las sombras adelantan!
Bajo el misterio del bosque, Faunos y Bacantes
(cantan!

EL + CO

¡Evohé!...; Evohé!

GLUCÉ Y TALEIA

(Las dos Nereidas coronadas de nenúfares, alzando hieráticamente sus manos pálidas, cantan al unísono.)

— Ya tiende el crepúsculo
Sus brumas de nácar:
Las nubes parecen
Inmensa bandada
De cisnes errantes
En lagos de plata.
Con su labio enorme
Que agitan las ráfagas,
El mar infinito
Solloza en la playa:
El manto de púrpura
Se cifre á la espalda
Y ostenta su yelmo
De rojas escamas...
Se ocultan las Syrtis
En grutas de ámbar;
Celebran los genios
Sus nupcias fantásticas
En grutas profundas,
En lechos de algas,—
Y se oye, á lo lejos,
Un coro de oceánidas....

CORO DE GORGONAS

(Las tres hermanas, en la ribera de un pantano huido)

— ¡Yo surjo del fondo del Caos!
— ¡Yo sé de los ritos ocultos!

- ¡De víboras son mis cabellos!
 - Mi nombre es Medusa...
 - Me llaman Eurysale
 - Me dicen Sthéno...
 - ¡Mi garño es la Envidia!
 - ¡Mi flecha es el Odio!
 - ¡Mi aguja el Silencio!
 - Yo me hundo en el Báratro...
 - Yo habito el Abismo
 - Yo acecho en el Piélagos

VOZ DE ESTINFÁLIDAS

- Lloran los ojos azules del Alma;
 Gimien las íntimas fibras del Ser;
 Huyen las Horas en sùnebre calma
 Como al impulso de extraño Abanké.
 Rizan los vientos los mares sonoros,
 Van los centauros en rudo tropel,
 Y en la colina desatan sus coros
 Núbiles ninfas al son de rabel...

CORO DE BACANTES

- La Gran Palingenesia
 Fecunda en el misterio;
 Los flancos de Cybeles
 Palpitan en silencio,
 Y hablan de amor las ondas
 Azules del Egeol...

CARÓN

*(Cruza á lo lejos, en su barca, conduciendo sobre
 el Estigia las sombras de Paris y Helena)*

- ¡Brama! Silba! Ruge viento!
 ¡Ola, encrésplate al accito
 De la Dese peración!
 ¡Firme brazo, firme brazo en el timón

UN CONDENADO

Detente un instante, gigante Carón!

CARÓN

(Perdiéndose en la noche)

- Corta! Hiede el agua muda,
 Barca negra, barca ruda!
 Por la fúnebre extensión
 Sigue rauda el movimiento
 Del violento
 Septentrion!

LAS PÉRIDES

(En la cumbre de una montaña luminosa)

- Rosas y lirios abren sus pétalos sobre la cun-
 [bre];
 Con rayos trémulos Hécate brilla desde los ámbi-
 [tos]
 Y entre las sombras Véspero esparce vívida lum-
 [bre],
 Como cascada maravillosa de ópalos mágicos.

SYRINX

- Canta Sileno, junto á las vides, entre los pámp-
 [panos],
 El gran Enigma que une los Orbes y une los áto-
 [mos]

LAS PIERIDES

- Náyades vírgenes, entre las ondas, dicen al
 [viento]
 Canciones vagas de melodiosos ritmos extraños;
 Y los capripedos Faunos bicornes alzan su
 [jacento]
 Mientras en ronda van por el bosque Ninfas y
 [Sátiros].

SYRINX

- Canta Sileno, canta Sileno, con ritmo cálido,
 La frase ardiente, la nota ignota de los espas-
 [mos]

SILENO

- Yo ví una Ninfa, toda desnuda, junto á una
 [fuente];
 Como dos lirios de las riberas eran sus manos;

Como dos lotos maravillosos eran sus ojos;
 Como dos cisnes sobre el Eurotas eran sus flau-
 [cos]...

SYRINX

- Canta Sileno, canta Sileno, bajo los mirtos,
 Cual las cigarras, bajo las frondas, en el estío....

SILENO

- Yo ví una Ninfa, toda desnuda, sobre las ondas:
 Sus senos blancos eran dos rosas sobre dos lirios;
 Sus labios frescos eran dos rosas sobre la nieve;
 Copos ligeros de áurcas espumas eran sus rizos...

SYRINX

- Canta Sileno, canta Sileno, canta Sileno,
 La Ley fecunda, la Engendradora de los Miste-
 [rios].....

EL FAUNO

- Una Bacante, bajo la sombra de los laureles,
 Ebria y ceñida de verdes pámpanos, ví en mí
 (camino).
 ¡Alegremente repiquetaban sus cascabeles
 Mientras mis labios, en su carquesio, bebí su
 (vino)!

Luego danzamos á los fulgores tibios de Diana,
 Mientras un Sátiro viejo tocaba su caramillo:
 Era la joven Sacerdotisa, fuerte y lozana,
 Con dos pupilas relampagueantes de extrañio
 (brillo).

De los antiguos bosques sagrados en los dinteles,
 En su carquesio, juntos libamos del mismo vino:
 ¡Qué alegremente repiquetaban sus cascabeles
 Cuando juntamos mirtos y pámpanos por el
 (camino)!

Perdióse el Fauno con la Bacante por la floresta...
 Por la floresta llena de nidos y de rumores,
 Para las Nupcias, toda sahumada, toda de ficata,
 Y engalanada con nuevas hojas y nuevas flores.

Allá, á lo lejos, la voz angusta de Pan surgía—
 La voz angusta de Pan glorioso, — y en sus sitares,
 El himno inmenso de Almas y Cosas repercutía
 Con el estruendo de cien mil lirios sobre los mares!

LEOPOLDO DIAZ

Una carta

Ginebra [Suiza], enero 26 de 1902.

Señor Froilán Turcios.

Muy distinguido Poeta y amigo:

Gracias infinitas por el envío de su inter-
 tesante REVISTA NUEVA, donde he leído cosas bellisimas de Ud. y de otros jó-
 venes compañeros y hermanos en Arte.
 Para probarle á Ud. mi simpatía—entre
 una montaña de preocupaciones y traba-
 jos—le envío esos papeles, de los cuales
 puede Ud. tomar lo que quiera para su
 REVISTA. Muy pronto recibirá Ud. mi
 volumen en prensa LAS SOMBRAS DE HE-
 CATE—poemas griegos que traerán una
 carta-prólogo del maestro de los Tro-
 f. os, José María de Heredia (de la Aca-
 demia Francesa.—y luego seguirán LAS
 ANFORAS, con prólogo de Henry de Rég-
 nier. Estos dos volúmenes traen la tra-
 ducción, en verso francés, de un joven
 poeta y diplomático.

He pedido á Buenos Aires ejemplares
 de mis volúmenes allí publicados, *Bajos*

Relieves, Poemas y Tradiciones, que tendré el placer de enviarle.

En breve, asimismo, le enviaré algunas páginas inéditas.

Quiera contarle entre sus admiradores y amigos más sinceros.

LEOPOLDO DIAZ

Gilbert

Para la "Revista Nueva"

Con aire taciturno, severo, grave y triste,
—como pensando en alguien que se fué ó ya no
cuyo recuerdo es parte de nuestro mismo ser;
—contraídos los labios por la sonrisa muerta;
los ojos pensativos y la mirada incierta;
vive sus horas trágicas el páldo Gilbert.

Su mal... sólo él lo sabe. Ni torpe ni imprudente,
jamás busó el consuelo de amigo y confidente,
que supiera la clave de su letal dolor;
lo vela en su silencio, lo esconde, lo acaricia;
pues aunque sufre tanto, goza extraña delicia
con el recuerdo dulce de quien su mal causó.

La mansión desolada que alberga su aislamiento,
—como la estrecha celda del antiguo convento
donde algún fraile joven llora un oculto amor,
—fué en días no lejanos morada de placeres,
do resonaron risas de inquietantes mujeres,
donde estallaron besos de infinita pasión.

Todo está abandonado! Los inconclusos versos
de primorosas rimas y poemas perversos,
donde se muestra una alma complicada y sutil;
los mimados corceles, las plantas favoritas,
cuyas fragantes flores cayendo van marchitas
como dolientes lágrimas que vertiera el jardín.

Inconsciente sonámbulo, las vulgares faenas
de que las tristes horas de la vida están llenas,
ni un instante lo apartan de su eterno ideal:
una doble existencia lo abraza noche y día,
y en todas sus acciones cruel Melancolía
con implacable mano va la hiel á mezclar.

Ah! si en algún remoto país desconocido
pudiera con sus penas hundirse en el olvido,
sin que nadie turbara su perenne quietud!
¡Con qué fruición dulcísima su vida consagrara
al culto de la bella dulcísima y rara
que lo tocó á su paso con sus alas de luz!

Fuó una Hada... Desde entonces, severo, grave
(y triste,
—como pensando en alguien que se fué ó ya no
(existe,
cuyo recuerdo es parte de nuestro mismo ser;
—contraídos los labios por la sonrisa muerta,
los ojos pensativos y la mirada incierta,
vive sus horas trágicas el páldo Gilbert.

FRANCISCO A. GAMBOA

NOTAS

Libro de arte.—

De París hemos recibido una carta del poeta venezolano Rufino Blanco Fombona, Cónsul de su patria en Amsterdán (Holanda), en la que nos anuncia el apareamiento de su nuevo libro *MÁS ALLÁ DE LOS HORIZONTES*.

En esa carta leemos el párrafo siguiente:

"Yo lo aprecio y lo quiero á Ud., como á todos los americanos de verdadero talento, que trabajan, en uno ú otro sentido, por la fraternidad literaria, comercial y política de esa gran patria nuestra de Hispano-América."

Revista Nueva.—

Ha circulado el número 15 de esta importante revista literaria, que dirige con tanta competencia y con tanto acierto el señor don Froilán Turcios.

Diario de Honduras.

De "La Tribuna" de Buenos Aires.—

El señor Leopoldo Díaz, Cónsul argentino en Suiza, que parte el 18 del corriente á hacerse cargo de su puesto, ha enviado á la imprenta del *Mercur de France* en París, los últimos originales de su nuevo libro *Poemas*, que se publicará en edición de lujo, en castellano y francés, con el título de *Los peregrinos del ensueño*.

Traerá este libro un prólogo del poeta José María de Heredia, á quien está dedicado.

Los poemas que lo forman llevan los siguientes títulos, y van precedidos de cartas de poetas á quienes están dedicados:

Las nupcias del Fauno, á Eugenio de Castro; *La montaña de la gloria*, Emile Verhaeren; *El último Centauro*, Henry de Regnier; *El Ave Nerop*, Georges Rodembach; *Verlaine*, Albert Samain; *Sinfonías de la nieve*, Remy de Gourmont; *Ipssipila, princesa de Elkinsor*, Conde Prozor; *Los palacios ilusorios*, Camille Mauclair; *Las selvas de los ensueños*, Stéphane Mallarmé; *La galera de Cleopatra*, Maurice Maeterlink.

El mismo volumen contendrá, traducidos al francés, los poemas *Belphegor*, *Islas de oro* y *La leyenda blanca*.

La última carta dirigida por Mallarmé al señor Díaz, es la siguiente:

"Valoins, próximo á Fontainebleau: 17 de agosto de 1898.

Mi querido poeta: Os agradezco, con cordialidad y admiración, el don particular que me hacéis de ese bello poema, tan impregnado de Poe y de vuestro propio ensueño, solemne, fluido y misterioso, *La selva de los sueños*.

He circulado entre vuestros versos, penetrando en ellos como en un profundo bosque encantado.

Toda mi gratitud, también, por el envío de vuestro retrato, que me permite estrecharos la mano menos á tientas ó á través el solo ensueño.

Vuestro—Stéphane Mallarmé."